

Política de la emoción y masculinidades patrióticas. El Mundial de Fútbol Argentina 1978.

Maylén Bolchinsky Pinsón (UNMDP- Inhus – CONICET)

Introducción

Numerosos estudios han propuesto que la celebración del Mundial de Fútbol en la Argentina de 1978 respaldó la construcción de consenso en beneficio del gobierno *de facto* (1976-1983) que llevó a cabo el certamen (Franco, 2002; Ferrero y Sazbón 2007; Gilbert y Vitagliano, 1998; Llonto, 2005). La Junta Militar, de hecho, al ratificar el compromiso de la sede asumido por gobiernos previos, fijó entre los objetivos del campeonato mejorar la imagen del país en el plano internacional y generar un sano orgullo patriótico entre la población local.¹ Los intentos oficiales de resignificar el influjo nacionalista que despertó la victoria deportiva e influir en la opinión pública a favor del régimen (Archetti, 2004; Roldán, 2007), se insertan en un complejo debate acerca de la relación entre deporte, sociedad y política (Elias y Dunning, 1992), que interpreta los “usos políticos del fútbol” en un arco que va desde la “manipulación social” hasta la completa autonomía.² A nuestro criterio, esta dinámica hace evidente una dimensión central de las estrategias de la política dictatorial que aún amerita ser analizada en profundidad: la apelación a las emociones. En ese sentido, el gobierno *de facto* no solo se erigió en base a un régimen que impuso el miedo a través del terrorismo de estado y la represión, también buscó suscitar la adhesión social a sus propuestas programáticas para lo cual resultó crucial avivar el sentimiento nacionalista.

Este trabajo forma parte de una investigación mayor que plantea que la movilización afectiva que el Mundial 1978 promovió en una amplia mayoría de la población, aunque habilitó diversidad de significados, actitudes y experiencias, operó también como sustrato de anclaje de las iniciativas dictatoriales. Desde allí, analiza los

¹ Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. Dirección General de Prensa y Difusión. *Directiva N°1*. 1977.

² Se ha debatido ampliamente en torno al estudio de los fenómenos deportivos. Entre las interpretaciones que atribuyen a la práctica deportiva un carácter de total autonomía frente a la sociedad y a la política y aquellas que, en el otro extremo, plantean la disolución absoluta del deporte en las dinámicas sociales y políticas, se destacan los estudios con perspectiva histórica. Es decir, abordajes que desestiman la identificación mecánica entre deporte y manipulación autoritaria, por ejemplo, para atender también a los límites de la utilización política del deporte y la endeblez de estos usos interesados de la práctica deportiva, que necesariamente dependen de otros componentes de la configuración social (Roldán, 2007).

discursos sentimentales que tomaron por centro a la nación y la patria en un universo masculino que mixturó política dictatorial y cultura futbolística. Propone que durante el desarrollo del campeonato el régimen llevó a cabo una política de las emociones (Frevert, 2013), en un despliegue comunicativo que articuló medios de comunicación oficiales y privados. Al considerar la dominación masculina como un rasgo común entre el régimen militar y el campo futbolístico, se incorpora la perspectiva de género a fin de atender, particularmente, a ciertas emociones y modos de sentir asociados con lo viril que permitieron tender puentes de significados entre fútbol y política. Es decir, indaga en qué medida el lenguaje afectivo y la simbología del fútbol facilitaron lugares comunes y referencias culturales sobre las cuales los discursos del régimen buscaron operar.

El género es entendido aquí como un elemento constitutivo de las relaciones de poder basadas en las diferencias que distinguen a los sexos (Scott, 1996). Siguiendo a Ute Frevert (2011) consideramos que el género estructura determinados estilos emocionales en contextos históricos situados, comprendiendo a los mismos como prescripciones normativas que buscan alinear el comportamiento individual de los sujetos con reglas de sentimiento y expresión emocional. En el ámbito del deporte y el ocio, los sentimientos han despertado el interés de autores clásicos como Johan Huizinga y Norbert Elías. No obstante, en las últimas décadas la historiografía de las emociones las ha convertido en un objeto de estudio central para la explicación del comportamiento de los individuos y del devenir histórico de las sociedades (Stearns y Stearns, 1985; Reddy, 2004; Plamper, 2010; Frevert, 2011; Ahmed, 2015; Rosenwein, 2016; Bjerg, 2019; Bjerg y Gayol, 2020; Bartolucci, 2020; Bartolucci y Favero, 2021; Gayol 2023). Según Sara Ahmed (2015) las emociones no son estados psicológicos individuales, sino prácticas sociales y culturales que afectan al cuerpo y están mediadas por la ideología.³ En tanto prácticas, las emociones resultan centrales en las dinámicas de la política. Frevert (2013) caracteriza como política de la emoción a las expresiones lingüísticas y extralingüísticas que invocan las emociones como recurso político para convencer, persuadir y asegurar la aprobación de un pueblo respecto de un determinado líder, agrupación o sistema político. Preocupada por las estrategias de comunicación de la dominación, la autora ve en la construcción de lenguajes afectivos una forma de establecer diálogos entre ciudadanos y gobernantes. No

³ El debate respecto a cómo definir a las emociones ha sido objeto de numerosa bibliografía. Ciertos autores optan por distinguir entre afectos, emociones, sentimientos y pasiones (Gayol, 2023). No obstante, aquí estos conceptos se usan como sinónimos al tomar como referencia los términos propios de las fuentes en donde las diferenciaciones resultan indistintas.

obstante, esta comunicación no adquiere una dinámica unidireccional, los ciudadanos de a pie lejos de ser receptores pasivos de los mensajes emocionales también los emiten y hacen uso de los sentimientos. El presente trabajo se focaliza en el despliegue de las políticas de la emoción por parte del gobierno *de facto* y su articulación con ciertos medios de comunicación, dejando para una próxima instancia la indagación en la esfera de la recepción.

Sobre esta base, se revisa un corpus de fuentes que incluye discursos de funcionarios, documentos oficiales y publicaciones del Ente Autárquico Mundial 1978, sumado a prensa escrita: suplementos deportivos -*El Gráfico, Goles, Ídolos deportivos*-, revistas de interés general -*Gente, Somos, Siete Días*-, y notas publicadas en diarios de tirada nacional, *Clarín, La Prensa*. Si bien se trata de fuentes de diversa índole y naturaleza, el abordaje propone una lectura transversal a fin de identificar distintos núcleos de significados que en conjunto construyen o replican idearios acerca de lo nacional y lo masculino. Estos quedaron tensionados y alcanzaron distintos matices en una trama discursiva que maridó viejas tradiciones de nacionalización y construcción de virilidad propias de la esfera castrense con las del mundo futbolístico.

El contexto dictatorial

El autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” (en adelante PRN) tuvo a cargo la organización del Mundial 1978. Había ocupado el poder dos años antes, mediante un golpe de Estado, en tiempos en que la Argentina adolecía de una profunda inestabilidad política, una acuciante crisis económica, sumado a un *in crescendo* de la violencia política sin precedentes. Así, la lucha contra la “subversión” y el restablecimiento del orden social (junto con la promesa de sanear la economía) operaron como principales elementos en torno a los cuales el régimen *de facto* buscó construir legitimidad (Lvovich, 2009). Desde la perspectiva castrense debía forjarse una transformación profunda en la sociedad argentina, recuperar un supuesto esencialismo autóctono, el “ser nacional” (Novaro y Palermo, 2003; Águila, 2023). En la implementación de un régimen represivo que utilizó la violencia de Estado sistemáticamente y persiguió la eliminación selectiva de opositores, los “hombres de las fuerzas” se erigieron como combatientes con un vehemente sentir patriótico, militares comprometidos con la defensa de la nación frente al peligro externo y fundamentalmente frente al “enemigo interno” (Franco, 2012). La virilidad aparece como una cuestión

fundamental en la configuración del orden político dictatorial, cuya retórica exacerbaba la hombría, el coraje y el heroísmo. Tal como lo ha demostrado Santiago Garaño (2023), al interior del Ejército se construyó, a fuerza de convencimiento emocional, un compromiso con la represión como “una cosa de hombres” que exigía “poner el cuerpo”, demandaba lealtad y al mismo tiempo despertaba frente al enemigo “subversivo” ira, odio y deseo de venganza. Estos sentidos se insertaban en un clima de época durante los años sesenta y setenta, en el que la lucha en defensa de la patria, el heroísmo, la noción de entrega vital, el compromiso con una causa, el coraje, el sacrificio y el homenaje a los mártires, formaron parte de una mística patriótica que convocó e interpeló a figuras del ámbito castrense como a militantes en el amplio espectro político e ideológico que recorre derechas e izquierdas (Bartolucci, 2020).

El régimen disciplinador del PRN se expandió a la esfera cultural, educativa y de la comunicación pública a través de un estricto control de las agendas, la persecución de profesionales y trabajadores, y el ejercicio extendido de la censura. En el área comunicacional se implementó un plan de adoctrinamiento y “Acción Psicológica”, que se orientó a regular la opinión pública y las conductas de la ciudadanía y que buscaba inculcar valores y estimular la adhesión social al régimen. Para llevarlo a cabo se instituyó una estructura burocrática que definió un plan de acción psicosocial, reguló y coordinó el funcionamiento y las publicaciones de medios de comunicación públicos y privados, al mismo tiempo que se valió de los métodos más avanzados de las consultoras publicitarias, incluidos encuestas y sondeos de opinión pública (Risler, 2018). Así, la búsqueda de construir el “buen ciudadano”, demandaba que hombres y mujeres abrazaran los valores y los roles de género sostenidos por la familia tradicional y la moral cristiana, desactivando los procesos de modernización sociocultural, radicalización política y los cambios sexuales gestados en las décadas previas (Manzano, 2017).

En ese marco, la celebración del Mundial 1978 fue escenario propicio para la difusión de un imaginario acerca del “ser nacional”. La exposición internacional que generó la cercanía al evento acrecentó, sobre todo en el ámbito internacional, el repudio a la Junta Militar y las denuncias de organismos de derechos humanos.⁴ Las autoridades militares sostuvieron el argumento esgrimido a inicios del gobierno según el cual las

⁴ Distintos organismos de derechos humanos, grupos de militantes y en menor medida exiliados en Francia, Holanda, Alemania, Bélgica, llevaron a cabo iniciativas para boicotear el certamen. En algunos países se conformaron “Comités pro boicot de la Copa del Mundo”, que lograron un gran nivel de difusión de las acusaciones por violaciones a los derechos humanos (Franco, 2005).

acusaciones eran producto de una “campana antiargentina” operada por grupos de militantes exiliados. No obstante, frente al volumen que adquirieron las denuncias, la estrategia del régimen fue reivindicar el accionar contra la “subversión”, mostrando sus resultados “exitosos” al exhibir un país victorioso, pacífico, unido, en orden y moderno. De modo que la política dictatorial ponderó el fervor nacionalista que la competencia futbolística inspiró apelando al amor a la patria, a la alegría y la pasión del pueblo, y a la esperanza de prosperidad. El uso político de estas emociones buscó justificar un régimen que, en contraposición, imponía el miedo e inculcaba con apasionamiento el odio a la disidencia.

Emociones patrióticas entre el fútbol y la guerra

“Es toda una nación la que ha triunfado”, titulaba el *Libro del Oro del Mundial*, una publicación especial a cargo de Bonafide SAIC que destacaba como un momento emblemático el acto de cierre del evento. Allí se pronunció el presidente de facto Jorge Rafael Videla:

La alegría que invadió todos los rincones de la Nación ... no brotó exclusivamente de un triunfo deportivo conseguido con capacidad, coraje e hidalguía ... tanta alegría, tanto entusiasmo generosamente expresados ... responden al profundo **anhelo de unión nacional que sentimos todos los argentinos**. A través de equipos deportivos y técnicos la Argentina ha demostrado con creces una real capacidad ... podemos **sentirnos verdaderamente orgullosos ... Todos, gobernantes y gobernados, sintamos** en lo hondo la dignidad de construir un pueblo que consciente de sus propias fuerzas, quiere edificar su futuro con humildad y **alegría**, con **pasión** y con **paciencia**, con **prudencia** y con **coraje**.⁵

En el discurso de Videla se presentaron varios recursos que caracterizaron la retórica oficial durante el certamen. La exacerbación en la emotividad de los comunicados, la apelación al orgullo, la pasión, el entusiasmo, la alegría como emociones compartidas por todo el cuerpo social, permitieron construir una asociación de

⁵ Jorge Rafael Videla. Discurso de cierre de la Copa Mundial de Fútbol 1978, En: AA.VV. (1978) *Libro de Oro del Mundial*, Buenos Aires: Bonafide, p. 37 [El resaltado es nuestro].

continuidad entre aquello que sucedía en la cancha y afuera de ella, es decir entre los jugadores, el pueblo y los jefes militares (Ferrero y Sazbón, 2007).

La capacidad, el coraje y la hidalguía como cualidades indiscutibles de los hombres del seleccionado argentino, se tornaron atributos de un supuesto “carácter nacional” que, de pronto, había recuperado vigor: “pareciera como si un cúmulo de energías dormidas, como si una nueva capacidad de entusiasmo hasta ahora aletargada, hubiesen salido a plena luz”.⁶ Dentro de esa lógica, los jugadores del seleccionado argentino resultaron representantes de la nación. El mismo Videla había señalado que estaban obligados a “demostrar que eran lo mejor de la nación y lo mejor que Argentina podía presentar al universo”, debían mostrar “la calidad del hombre argentino”.⁷ De este modo, en la cobertura de la prensa sobre la performance del equipo nacional, había quedado señalada la supremacía en base a su agresividad ofensiva, su potencia y su fuerza. Los jugadores se convirtieron en “gladiadores [que se preparaban] para la matanza final”. Se elogió “la viril exposición que desarrolló nuestra escuadra”.⁸ De modo que ir al choque, “cuerpear” al adversario, mostrarse pujante y agresivo eran remarcados como signos de virilidad. El uso de una prosa que se hacía eco intertextualmente de la guerra no sorprende. De hecho, las conexiones entre el deporte y la guerra como vías para dirimir supremacías y como indicadores de robustez de un cuerpo social y por ende de prestigio nacional han sido ampliamente estudiadas (Caspiategui, 2012).

En el partido decisivo los holandeses ... apelaron a la violencia. Fueron proclives al golpe y a la fricción. La respuesta fue viril pero no hartera. Argentina asimiló esa violencia y a lo sumo demostró que no estaba dispuesta a claudicar por cobardía.⁹

La bravura y la valentía se instituyeron como cualidades esenciales de la masculinidad hegemónica, no obstante, la necesidad de remarcar que la respuesta “nunca fue hartera” da cuenta de que hubo un especial interés por enfatizar que los jugadores argentinos no habían abusado del *faul* como otros equipos. Por el contrario, se enaltecía el grado de deportividad, de respeto a las normas. Los futbolistas y el cuerpo técnico “mostraban” con ello un “cambio de mentalidad”, “no pelearon el juego brusco que en

⁶ AA.VV. *Libro de Oro del Mundial*, 1978, p. 37.

⁷ Suplemento *Clarín mundial*, 27 de mayo de 1978, pp. 6-7.

⁸ *La Prensa*, 26 de junio de 1978, p. 4.

⁹ *Somos* 30 de junio de 1978, p. 14.

otros tiempos hizo centro de la crítica extranjera al futbolista argentino ... Ganaron el premio *fairplay* otorgado por la FIFA al equipo más correcto del certamen.”¹⁰ Esta inclinación hacia el respeto, el orden, la corrección era, desde la perspectiva de los militares, un rasgo compartido también con el público. El presidente *de facto* así lo elogió:

El pueblo argentino ha dado un alto ejemplo de respeto y orden que quiero explícitamente reconocer. En forma espontánea, sin estímulos ni presiones de ninguna especie, nuestro país ha vivido un auténtico clima de fiesta que ha sorprendido a muchos visitantes. Esos mismos visitantes que se han sentido como en su propia tierra, tratados con afectuosa hospitalidad, podrán ahora testimoniar sobre la realidad de nuestra Patria, deformada por una aviesa campaña internacional.¹¹

Esta noción de hidalguía destacada tanto en el jugador como en los espectadores argentinos afianzó la retórica castrense sobre una Argentina que había dejado atrás los tiempos de violencia. Al mismo tiempo, se ancló en una tradicional función del deporte como pedagogía de la masculinidad. En sus orígenes la práctica del fútbol, involucrada con el deber ciudadano, consistía en una preparación para asumir las responsabilidades del género. En sí, la presencia del vigor y la fuerza desplegadas en un campo de lucha donde imperaba la caballerosidad, esto es el respeto a un código de conducta y el valor de lo honorable, ha formado parte de los sentidos asociados al mundo futbolístico desde su introducción en las *public schools* británicas bajo el propósito de formar al futuro dirigente, el *gentleman* disciplinado en el *fairplay* y el acatamiento a la norma (Vallejo, 2018). Al respecto, es posible vislumbrar en la tradición futbolística ciertas reminiscencias de una disposición emocional que en otros tiempos supo ser crucial en el mundo masculino: el honor (Gayol, 2008). Al evocar nostálgicamente las transformaciones en la Buenos Aires del Centenario, en la que “orilleros” y “compadritos” habían perdido su agresividad y sus rasgos más distintivos Borges relacionaba el honor masculino con la pasión: “para 1912 los jóvenes ya no tienen habilidad con el cuchillo y la pasión por los duelos de honor ha sido reemplazada por la pasión por la gimnasia y el fútbol” (Archetti, 1995, p. 423).

¹⁰ *Somos* 30 de junio de 1978, p. 14.

¹¹ AA.VV. *Libro de Oro del Mundial*, 1978, p.37.

La pasión viril que vinculaba violencia, combate y fútbol adquirió en el contexto del mundial una connotación particular. La historia del delantero Leopoldo Luque ilustra bien las implicaciones afectivas que esta dinámica demandaba. Según las crónicas de la prensa a Luque pareció perseguirlo el infortunio durante el torneo:

Primero, la grave lesión en el codo ... Enseguida la muerte de su hermano. Después los golpes frente a Brasil cuando terminó con un enorme hematoma en el ojo. Ahora la serie de agresiones que le propinaron entre Krol y Brandts, rematada por un directo al rostro que lo dejó casi desfigurado. [El jugador recordaba:] Me bajaron por la escalera del túnel, el doctor Oliva me puso anestesia porque tenía un dolor impresionante y ... me pusieron el brazo en cabestrillo y me mandaron para el vestuario. Pero, ... me acordé de mi familia y cambié de rumbo e ingresé al campo, porque el Flaco ya había hecho los dos cambios y no podíamos quedarnos con 10.¹²

El periodista que recuperaba el relato elogiaba con creces al jugador pues a sus extraordinarias cualidades deportivas se sumaba el mérito de resistir a la adversidad, “Todo ello fue absorbido por un jugador de un temple increíble. Terminó mejor que al principio ... Gracias a la moral que lo acompaña”.¹³

La capacidad de resistir al dolor físico, de hacer a un lado el duelo frente a la pérdida de un ser querido fueron elogiadas como muestras de virilidad. En el campo de juego, se demandaba entereza, “garra”, una “moral firme”; no había espacio para expresar debilidad, falta de confianza o miedo. Décadas después el futbolista expresó que el fin del torneo lo encontró alzando la copa y sintiendo confusión: “Por un instante quedé como un zombie. La gente cantando, festejando y yo pensando en mi hermano”.¹⁴ Esta inhibición emocional dentro de la cancha que exigía al jugador ante todo “conservar el temple”, era el comportamiento esperable de un deportista profesional que en este caso resultaba sobresaliente. De allí que el periodista afirme que Luque, quien permaneció en el juego a pesar de la muerte de un hermano, “terminó mejor que al principio”. Esta observación reforzaba un imaginario en donde la pasión funcionaba como motor del

¹² Leopoldo Jacinto Luque, entrevista por *TyCsports* [En línea]

¹³ *Gente* 13 de julio 7 de 1978, p. 52.

¹⁴ Leopoldo Jacinto Luque, entrevista por *TyCsports* [En línea]

juego. Entendida como una experiencia sensible marcada por intereses intensos, por una afición vehemente hacia su objeto con tendencia hacia los excesos, en el fútbol la pasión se presentaba domesticada y socialmente autorizada. Se manifestaba a través de un apetito voraz por la victoria y un compromiso inquebrantable con el equipo (Bromberger, 2001).

Nos queda la imagen favorable de sus tremendas ganas de ir al frente ... Pero hubo dos hombres que dieron el ejemplo en ese ir a buscar una y otra vez lo que 25 millones de argentinos estaban reclamando: Américo Rubén Gallego, Leopoldo Jacinto Luque. Del primero al último minuto esos dos plantaron un cartel que decía "PROHIBIDO BAJAR LOS BRAZOS" y cumplieron esa consigna a muerte.¹⁵

Derivada del latín *passio* que significa sufrir, padecer,¹⁶ la pasión se asocia a un sentimiento tan profundo que desborda la frontera del dolor físico o psicológico. Encarnada en el cuerpo de Luque y otros jugadores, se expresaba desde la convicción de “cumplir a muerte” su consigna. Este rasgo viril glorificado por el periodismo reconocía en el desempeño de los jugadores algo propio de la dignidad del mártir.

Como hemos visto, el culto al martirio formaba parte del ideario revolucionario y militarista de la época. Para las fuerzas castrenses el martirio se instituía como el “destino trascendente del hombre” en la lucha contra la insurgencia, un ideal a seguir que, por cierto, arrogaba una impronta pasional: “los hombres nunca se conducirán por los preceptos abstractos de la razón pura. Necesitarán ver su ideal encarnado en un hombre que los incite a seguirlo por la seducción del ejemplo”.¹⁷ Así el martirio se instituía como el camino del héroe.

Propia de la tradición deportiva, la figura del héroe resultó central para la construcción simbólica de lo “nacional” y como mecanismo de cohesión social (Archetti, 1995). En ese sentido, las competencias deportivas ponían en juego rasgos vinculados a este arquetipo, destacando el carisma, la hegemonía, el sacrificio por una causa mayor,

¹⁵ *El Gráfico* 6 de junio 6 de 1978 pp. 14-15.

¹⁶ Real Academia Española. *Diccionario*. “Pasión”.

¹⁷ En documentos del Ejército publicados a principios de 1976, se encumbraba al Teniente General Pedro Eugenio Aramburu como el primer mártir de la lucha contra la insurgencia: “La Providencia lo escogió para el martirio, debía ser él quien con su sangre fuera el primero en dar testimonio de la fe de sus compatriotas en el destino trascendente del hombre.” *El Ejército de hoy*. Comando General del Ejército, 17 de agosto de 1976.

de modo que se atribuían al héroe supuestos rasgos de la identidad nacional. Con la obtención de la copa mundial, los miembros del seleccionado argentino se convirtieron en hombres singulares con logros extraordinarios, fueron ubicados en un sitio honorífico para la historia del país.

Con un tono irónico, la revista *Humor* presentó en la tapa de su segunda edición una caricatura de César Luis Menotti -el director técnico del equipo argentino- investido de prócer, emulando al “padre de la Patria”, el General José de San Martín, montado a un caballo blanco auspiciado por la Asociación del Fútbol Argentino (AFA): “Menotti, nuevo héroe nacional, 40 años sufriendo”.¹⁸

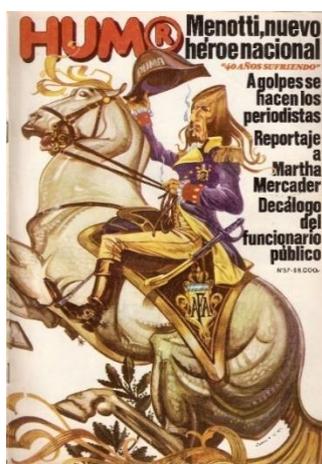


Imagen n°1 Tapa Revista *Humor* julio 1978

En el año del bicentenario de su nacimiento, José de San Martín había recibido especial atención en una serie de publicaciones oficiales que el régimen lanzó con la pretensión de “mostrar la Argentina” desde su historia, su cultura y su potencia geográfico-territorial. Presentado como el “arquetipo de la nacionalidad”, “el Libertador” era exaltado como un militar honrado y noble, con principios morales, disciplina y equilibrio. Había defendido “con el fervor de un apóstol la causa de América que era la de su Patria ... que se le aparecía como una inmensa y querida enferma a la que debía curar”.¹⁹ La referencia a la “patria enferma” equiparaba el legado del prócer a la “misión patriótica” que estaban llevando a cabo los jefes militares, quienes habían asumido el poder con la presunción de que la sociedad argentina era un “cuerpo enfermo” que debía ser saneado.

¹⁸ *Humor*, junio de 1978, tapa.

¹⁹ *Argentina '78 ante el mundo*, marzo de 1978, p. 56.

A los ojos de la prensa oficial y oficiosa, el orgullo nacional que los héroes inspiraban en el pueblo argentino podría hacerse extensivo al devenir político del país en aquellos años. No fueron pocos los casos en que distintos medios construyeron paralelismos entre los varones que con “garra”, valentía y sentir patriótico habían dado batalla por el honor de la camiseta nacional y aquellos hombres que, de la misma manera y en el nombre de la patria, habían llevado a cabo la “guerra interna”.

“Demostró que él tenía la verdad”, afirmaba el epígrafe de una fotografía publicada por la revista *Siete Días*, que captaba el saludo entre los miembros de la Junta Militar con Menotti. De modo que, mientras la nota recuperaba el trabajo del entrenador que debió hacer frente a las críticas hacia su estrategia técnica, el meta-texto del artículo -el gesto de darse la mano, la ambigüedad del titular-, conectaba a Menotti con los jefes de las Fuerzas Armadas, quienes en respuesta a las denuncias internacionales habían podido demostrar la “verdad” de la realidad nacional.



Imagen N°2 *Demostró que tenía la verdad*²⁰

Si bien es cierto que el gobierno dictatorial sostuvo un perfil público procurando evitar la personalización del poder y la promoción demagógica personalista (Quiroga, 2003), durante el Mundial, Videla asumió cierto rol destacado. Un recurso reiterado fue retratarlo como “un fanático más”, como espectador de los partidos, festejando goles, inclusive en cercanía de los jugadores. El presidente *de facto* fue fotografiado en varios encuentros con el seleccionado, en Casa Rosada, en cenas de agasajo o de visita en los vestuarios de algún estadio, al tiempo que la prensa afirmaba: “Videla saludando al seleccionado nacional, parecía uno más del equipo”.²¹

²⁰ *Siete Días Ilustrados*, 26 de junio de 1978, p. 5.

²¹ *La Prensa* del 26/06/1978

A ese respecto, si desde los relatos periodísticos la victoria deportiva encontraba a la Argentina “en su hora más gloriosa”²² y los integrantes de la selección nacional se habían ganado un lugar destacado en la historia del fútbol mundial,²³ debía atribuirse también cierto mérito a los miembros del gobierno militar. Por ello, una serie de artículos celebraron el “triunfo de los campeones” presentando en primer plano –en lugar de a los jugadores- a las autoridades del régimen, recuperando sus palabras y reconociendo su rol en la “victoria nacional”.

La exacerbación del orgullo nacional que traía aparejada la consagración con el primer título mundial, se alimentaba vigorosamente de la idea de haber saldado “una deuda pendiente” haciendo “justicia” al fútbol criollo. En efecto, el entrenador Menotti se había declarado como un defensor acérrimo del estilo tradicional de juego inspirado en este arquetipo nacional. La narrativa del fútbol criollo era un tributo a la naturaleza interior del jugador argentino, a la creatividad, la agilidad y la astucia. Reivindicaba al “pibe del potrero”, quien sin estar sujeto a la autoridad de sus padres o maestros, había creado la “gambeta” como una respuesta creativa a la necesidad de jugar en espacios reducidos (Archetti, 1995). Así, la picardía, la astucia y la improvisación del pibe caracterizaban al juego criollo, menos asociado al *fairplay*, que a la expresión de la pasión y a la desinhibición emocional (Ford, 1994).

Durante el torneo y en consonancia con esta caracterización del jugador “criollo”, la prensa rescató el carácter afectivo de la selección: “Esta Argentina que juega a querer”, titulaba una nota, en una doble referencia al deseo de ganar, pero también de establecer un vínculo con la gente: “Con todos los errores, con todos los desconciertos, perdiendo la pelota, exponiendo el gol, este grupo de hombres logró establecer un diálogo afectivo con todo el país”.²⁴

En una entrevista exclusiva que Leopoldo Luque dio al finalizar la competencia, contó que en la mañana del primer partido comenzó a escribir un diario íntimo y compartió algunos fragmentos:

¿Sabes qué me emocionó? La gente que estaba en la puerta de la quinta para despedirnos [...] Cuando salimos para River estaba muy nervioso ... Pero en el fondo sabía que podía mantener el equilibrio. Del viaje hasta

²² *Siete Días Ilustrados* 26 de junio de 1978, tapa

²³ *Ídolos deportivos*, junio de 1978, p. 4.

²⁴ *Goles*, 18 de junio de 1978, p. 8.

la cancha escribí todo ... La mayoría estábamos callados, metidos en nosotros mismos. A cada tanto yo gritaba, en broma, **que me quería ir a Santa Fe y quería volver con mi mamá**. Yo creo que tomar estas cosas en este tono hacían bien a los demás y a mí mismo ... Y también puse lo que le decía a Olgún cuando estábamos esperando que tocarán los himnos. Le pregunté si no era mejor que **saliéramos corriendo y nos volviéramos a casa**. La emoción me hacía temblar las piernas. Todo eso era bárbaro, pero después había que jugar, claro. Tranquilo. Yo había dicho en charlas con los muchachos que lo mejor era estar concentrados hasta último momento, pero cuando anotaba me di cuenta que no, **que lo que más deseaba en ese momento era estar en Guadalupe, con los viejos. ¡Que extraño! Mirá como querer volver a la infancia.**²⁵

A través de estas palabras el mismo jugador exaltado por su brusquedad, su garra y su entereza moral, compartió su mundo interno mostrándose vulnerable. Se conmovió con el cariño de la gente, sintió miedo y en la previa a un partido le temblaban las piernas. Entre las acciones y estrategias que acompañaron las emociones, el escribir funcionó como un acto de regulación y el recurso del humor como una forma de distender tensiones. En el testimonio, su vulnerabilidad encontró un límite al ingresar en la cancha. Sus sentimientos no podían interferir en el juego: “Pero en el fondo sabía que podía mantener el equilibrio”. Hacia el final, aquello dicho a modo de broma apareció como un deseo clarificado por el ejercicio de escritura: “quería estar en Guadalupe con los viejos” y esto fue sentido como un anhelo por “volver a la infancia”.

De esta manera el relato evoca ciertos aspectos de la mística del fútbol criollo. Luque se muestra auténtico y esa sensación que él mismo considera “extraña” de anhelar volver a la infancia, remite a la ternura del pibe. En la narrativa del fútbol criollo, la virtud masculina está en conservar la frescura del estilo infantil y puro: el auténtico jugador argentino no deja nunca de ser un niño.

En diferentes oportunidades, los jugadores del seleccionado fueron caracterizados como jóvenes. “22 jóvenes y un director técnico ... ¡Gloria a las figuras que llenaron de grandeza al fútbol criollo!”²⁶ En jóvenes que habían hecho propia la marca del respeto al espíritu deportivo, la vocación por el trabajo duro, la perseverancia, el sacrificio,

²⁵ *El Gráfico*, 6 de junio de 1978, p. 26 [El resaltado es nuestro].

²⁶ *Siete Días Ilustrados*, 26 de junio de 1978, p. 19.

encarnaban ciertos valores y actitudes que el gobierno *de facto* pretendía imponer entre las juventudes. En efecto, el evento fue una oportunidad para inculcar comportamientos y mostrar una imagen de juventud correcta, respetuosa, generosa y patriótica, que desarmara los sentidos que la habían asociado a la rebeldía y la “subversión” (Bolchinsky, 2018, 2021). Esto se vio reflejado en las campañas publicitarias y en la organización de la performance de apertura del certamen protagonizada por estudiantes de colegios secundarios, que persiguió el objetivo de mostrar “a través de la juventud, cómo somos los argentinos”.²⁷

No obstante, la figura del “pibe” futbolero se ubicaba en las antípodas de aquella pretendida juventud masculina que debía aspirar a la madurez, el culto al trabajo, la disciplina y el respeto por las jerarquías. Lejos de consagrar el rito de pasaje a la adultez, la tradición futbolística nacional elogiaba la indocilidad, la libertad creativa, el aprendizaje espontáneo. Incluso en la gambeta, una jugada que eludía el choque corporal y simulaba un movimiento que escondía las verdaderas intenciones de juego, se enaltecía la viveza y el engaño. En ese sentido, se acercaba más al ideario del “pibe rockero” (Manzano, 2018) que caracterizó al movimiento de modernización cultural protagonizado por la juventud en la década previa, que el régimen había pretendido desactivar.

Sobre esta base, se entiende que la tradición cultural futbolística viabilizó también representaciones alternativas a la masculinidad tradicional que la dictadura enaltecía. De la misma manera, la práctica futbolística habilitaba modos de experimentación y expresión de una gama amplia de emociones. En los festejos de la final del certamen, los periódicos retrataron la euforia de los campeones, manifestada en gritos, saltos, llantos y abrazos. Las imágenes mostraban cuerpos masculinos que se tocan, se besan, saltan, se dejan caer unos encima de otros, se abrazan, lloran.

²⁷ Estas son las palabras de las autoridades castrenses a cargo de la organización de la ceremonia inaugural del Mundial 1978 (Bolchinsky, 2021).



Imagen N°3 Los festejos del campeón²⁸

En medio de discursos épicos que fogueaban las emociones patrióticas, los varones protagonistas de la hazaña manifestaron pasión, orgullo, coraje y compromiso. No obstante, también el ambiente futbolístico los habilitó a manifestar públicamente miedos, frustración, a mostrarse vulnerables y a abrirse al contacto físico con otros hombres. De modo que el fútbol como práctica deportiva y fenómeno cultural mediatizado cobijó distintos estilos emocionales masculinos y posibilitó diferentes formas de experimentar y manifestar un universo emocional diverso que necesariamente se escaparon del control del régimen y trascendieron a la política dictatorial.

Consideraciones finales:

El trabajo revisó los discursos de las emociones patrióticas en la coyuntura del Mundial de Fútbol Argentina 1978. Se estructuró en torno a la idea de que, con motivo del certamen, la dictadura militar desplegó una política de las emociones que pretendió direccionar el fervor nacionalista y generar adhesión social. Como ámbitos de dominación masculina, la cultura castrense y la futbolística configuran ciertas prescripciones normativas respecto a formas viriles de sentir y expresar las emociones. Estas abonaron, en cierta medida, la construcción de narrativas que apelaban al amor a la patria, la pasión, el honor y el orgullo nacional para justificar un régimen erigido en base al terror y al odio.

Desde allí, se analizaron los usos políticos de las emociones vinculados a ciertos arquetipos viriles que se develaron centrales en la construcción argumental dictatorial que proponía la recuperación de un “ser nacional”. Desde el ideario castrense la virilidad se

²⁸ *Goles*, 18 de junio de 1978, p. 8.

definía en términos de coraje y compromiso con una causa, heroísmo, sacrificio, entrega vital y lucha en defensa de la patria. Las mismas cualidades, asociadas a la pasión, el orgullo o el honor, eran destacadas entre los jugadores profesionales, varones del fútbol, cuyas personalidades sobresalientes durante el certamen se perfilaron como modelos a seguir.

A su vez, se ha mostrado que el ámbito futbolístico también propició un escenario que habilitó para los varones formas alternativas de experimentar y expresar las emociones y, por lo tanto, de “sentirse hombres”. Así, el miedo, la ternura y la vulnerabilidad se manifestaron a través de prácticas afectivas como el llanto, el contacto afectuoso entre cuerpos masculinos, el conmovirse ante la demostración de cariño o la escritura de un diario íntimo.

De esta manera, se entiende que la cultura futbolística facilitó al régimen castrense establecer discursos afectivos con la población en búsqueda del gobierno de las emociones y que ciertas representaciones de masculinidad reforzaron este vínculo. No obstante, esta dinámica encontró límites en la propia naturaleza híbrida de los fenómenos deportivos, cuya configuración social, cultural, simbólica y emocional aúna elementos y dinámicas que necesariamente exceden y se escapan a los usos interesados y a la capacidad de control del poder político. De este modo, el fútbol se presentó como un campo plástico cuya capacidad indiscutida para constituir identidades y movilizar sentimientos funcionó como un sustrato cultural y social que posibilitó diversas formas de tramitar la pasión nacional y el sentir patriótico.

Bibliografía:

- Águila, G. (2023). *Historia de la última dictadura militar. Argentina, 1976-1983*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de Estudios de Género.
- Archetti, E. (2004). El Mundial de Fútbol de 1978 en Argentina. Victoria deportiva y derrota moral, *Memoria y Civilización*, 7, 175-194.
- Archetti, E. (1995). Estilo y virtudes masculinas en *El Gráfico*: la creación del imaginario del fútbol argentino. *Desarrollo Económico*, 35 (139), 419-442.
- Archetti, E. (2001). *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bartolucci, M. (2020). La emoción místico-patriótica de derechas e izquierdas revolucionarias. Memorias y discursos de Juan Francisco Guevara y Raimundo Ongaro, 1970. *Anuario Del Instituto De Historia Argentina*, 20(1), e111.

- Bartolucci, M. y Favero, B. (2021). *En el Nombre de la Patria. Juventudes, nacionalismos cotidianos y emociones*. Buenos Aires: Teseo.
- Bromberger, C. (1994). La pasión futbolística y la Copa del Mundo: ¿por qué tanto ruido y tanta furia? En: J. Sudgen y A. Tomlinson, *Host and Champions. Soccer Cultures, National Identities and the USA World Cup (Popular Cultural Studies)*. Aldershot: Arena.
- Bjerg, M. (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. *Quinto Sol*, 23(1), 1-20.
- Bjerg, M. (2019a). El cuaderno azul, el perro de peluche y la flor de trencadís. Una reflexión sobre la cultura material, las emociones y la migración. *Pasado Abierto*, 9, 140-156.
- Bjerg, M. y Gayol, S. (2020). Presentación Dossier: Historia de las Emociones y Emociones con historia *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 20(1), e119.
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Franco, M. (2002). La “campana antiargentina”: la prensa, el discurso militar y la construcción de consenso. En: J. Casali de Babot y M. V. Grillo, *Fascismo y antifascismo en Europa y Argentina* (pp. 195-225). Tucumán: Universidad de Tucumán.
- Franco M. (2005). Exilio, dictadura y memoria. Consideraciones en torno a algunas representaciones del exilio bajo el terrorismo de Estado. *Anuario Escuela de Historia*, 20, 119 – 146.
- Franco M. (2012). *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrero, L. y Sazbón D. (2007). Argentina '78: la Nación en juego. *Caravelle*, 89, 139-155.
- Ford, A. (1994) . *Navegaciones*. BuenosAires: Amorortu.
- Frevert, U. (2011). *Emotions in History – Lost and Found*. New York: Central European UniversityPress.
- Frevert, U. (2013). La politique des sentiments aux XIXesiècle, *Revue d'histoire du XIXesiècle*, 46, 51-72.
- Garaño, S. (2023). *Deseo de combate y muerte. El terrorismo de estado como cosa de hombres*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gayol, S. (2023) .*Una pérdida eterna: la muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gayol, S. (2008). *Honor y duelo en la argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gilbert A. y Vitagliano, M. (1998). *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial '78*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Llonto, P. (2005). *La vergüenza de todos. El dedo en la llaga del Mundial '78*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Lvovich, D. (2009). Sistema político y actitudes sociales en la legitimación de la dictadura militar argentina (1976–1983). *Ayer. Revista de historia contemporánea*, 75 (3), 275-299.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina*. Bueno Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Mosse, G. (1985). *Nationalism and Sexuality. Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003). *La dictadura militar. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Plamper, J. (2010). Historia de las emociones. Caminos y retos, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, 17-29.
- Raewyn, C. y Messerschmidt, J. (2005) Hegemonic masculinity. Rethinking the concept. *Gender & Society* 19 (6), 829-859.
- Reddy, W. (2004). *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Risler, J. (2018). *La acción psicológica. Dictadura, inteligencia y gobierno de las emociones 1955-1981*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Roldan, D. (2007). La espontaneidad regulada futbol, autoritarismo y nación en "Argentina '78": una mirada desde los márgenes, *Prohistoria*, 11, 125-147.
- Rosenwein, B. (2016). *Generations of feeling: a history of emotions, 600-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stearns, P. y Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards. *The American Historical Review*, 90 (4), 813-836.
- Stearns, P. (1994). *American Cool: Constructing a Twentieth-Century Emotional Style*. New York: New York University Press, 276-277.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas, *El género. La construcción de la diferencia sexual*, 264-302. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Programa Universitario de Estudios de Género/Miguel Ángel Porrúa.
- Vallejo, G. (2018). El hombre nuevo: representaciones culturales en torno a la masculinidad en la Argentina (1918-1976), *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40, 89-113.